

NĒNCESIS

Juan Miguel Aguilera
Javier Redal



Cuando sucedió no fue como nadie había imaginado. No hubo trípodes cruzando las calles de Londres. No se intercambiaron disparos entre ejércitos humanos y alienígenas. No hubo embajadas ni intentos de comunicación. En realidad, fue algo tan impersonal como rociar gasolina sobre un hormiguero.

Después de la catástrofe que se ha abatido sobre la Humanidad, los desconcertados supervivientes intentan reorganizarse, aprender a convivir con los escasos recursos que les quedan, y construirse un futuro a partir de las cenizas de las extintas sociedades terrestres. Entre ellos están Susana Sprintze, una bióloga experta en la comunicación con delfines. Hassan Ibn al-Haytham, un submarinista sin trabajo. Y Jacobo Kramer, un arqueólogo jesuita empeñado en encontrar respuestas. Sobre los supervivientes pesa el terrible misterio de quién los ha atacado y por qué. Y lo que es peor, la estremecedora revelación de que no ha sido la primera vez que ocurre algo así.

El Refugio fue la tercera novela del dúo formado por Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, después de *Mundos en el abismo* y de *Hijos en la Eternidad*. Publicada por primera vez en 1994, *Némesis* es más que una reedición de aquella novela, es un retorno al escenario de *El Refugio* con nuevas situaciones y personajes.

El Refugio 1994 — Némesis 2011

«El Refugio» fue mi tercera novela, la última que escribí junto con Javier Redal. Después de «Mundos en el Abismo» e «Hijos de la Eternidad», las dos aparecidas en la colección Ultramar dirigida por Domingo Santos, nos quisimos dar un descanso de Akasa-Puspa y situar una novela en un futuro más cercano. «El Refugio» describía un escenario situado sólo a unas pocas décadas en el futuro, no los remotos 2.5 millones de años en los situaban nuestras dos primeras novelas.

Javier y yo escribimos «El Refugio» a principios de los noventa, especulamos sobre cómo sería la tecnología y la sociedad de mediados del siglo XXI. Y cometimos grandes errores (lo bueno es que hasta dentro de 25 millones de años nadie podrá decir que nos equivocamos en algo en Akasa-Puspa), lo que en principio no importa demasiado porque ya sabemos que una novela de ciencia-ficción no pretende adivinar el futuro. Algunos errores eran divertidos y decían mucho de cómo eran los años noventa del siglo XX. Por ejemplo, el espacio estaba dominado por los japoneses, la tecnología común era un desarrollo de lo que se consideraba high-tech en aquellos años: mini walkmans y cosas de esas. Ni idea de lo que llegaría a ser el mp3 o Internet.

En cambio había detalles que ahora parecen aún más certeros que cuando se escribieron. La idea de infinidad de pequeños mundos en las fronteras del Sistema Solar no ha

hecho más que ganar en popularidad, hasta el punto de que el pobre Plutón ha quedado reducido al estatus de «planeta enano», junto con otros mundos del cinturón Kuiper, como Makemake o Haumea. Y también en aquella primera versión de «El Refugio», publicada por NOVA en 1994, estaba la idea de unos alienígenas con una inteligencia tan distinta a la nuestra que era imposible cualquier forma de interacción.

Yo soy de los que piensan que los trabajos no se terminan, se abandonan. Así que cuando Raúl me planteó la posibilidad de reeditar «El Refugio», empecé a darle un pequeño toque por aquí, otro por allí, revisar este detalle, cambiar aquel otro. Y, sin darme cuenta me vi metido en la reescritura completa de la novela. Lo siento, soy así de obsesivo. Y, además, mis intereses han cambiado. En la novela original se hablaba mucho de tecnología espacial y menos de cómo los humanos reorganizan su sociedad a partir de un desastre de tal calibre como el que se plantea en la historia. Quería contar eso con más detalle, y para eso necesitaba nuevos personajes y nuevas situaciones.

De hecho ya había vuelto a este escenario con mi relato El bosque de hielo, y allí había tratado algunos de estos temas, pero quería desarrollarlos con más profundidad en una novela. Al final, los cambios eran tan grandes que no me parecía lógico que la novela siguiera llamándose «El Refugio». Digamos que «Némesis» es un remate bastante libre de la novela original.

Javier Redal no estuvo de acuerdo conmigo. Él es de los que piensan, como muchos lectores, supongo, que las cosas tienen un valor especial por el momento en el que han sido escritas. Sin embargo, a pesar de esto, fue tan amable que accedió a revisar por completo el texto, sobre todo para evitar que yo dijera cualquier barbaridad biológica (él es biólogo y yo solo diseñador) y añadió muchas frases inge-

niosas (su marca personal) con lo que el texto mejoró enormemente y yo tuve la agradable sensación de haber vuelto a los tiempos en los que trabajábamos juntos.

También quiero agradecer a Miquel Barceló el que publicase la primera versión de esta novela. Aquellos años fueron muy especiales para los que escribíamos ciencia ficción en España, y Miquel Barceló, Domingo Santos, y más tarde Paco Lorenzana, fueron los editores que lo hicieron posible.

Gracias también a Juanma Barranquero. Veréis, mi amigo Juanma leyó «El Refugio» allá en el año 1994 y me sugirió un diseño que me pareció más ingenioso que el que habíamos utilizado para impulsar a ciertos bichos que salen del hielo. Desde entonces he querido escribir otra versión de El Refugio para utilizar esa idea.

Y, por fin, aquí está: Némesis.

Juan Miguel Aguilera

1

2062 d. C.

Las grandes ruedas balón del todoterreno traqueteaban y oscilaban sobre el accidentado suelo marciano. Los faros halógenos no lograban taladrar el muro de polvo naranja que el viento arrojaba contra ellos; al contrario, la luz reflejada en las partículas de polvo les impedía ver más allá de unos pocos metros. El vehículo parecía encerrado en una burbuja de aire polvoriento y opaco. A través de las paredes, los ocupantes podían oír el roce de la arena sobre la carrocería y el crujido de la grava bajo las ruedas; pero la tormenta, que en la Tierra estaría acompañada de un aullido ensordecedor, era casi inaudible en la tenue atmósfera de Marte.

—Hola, Olympus. ¿Me oyes? —dijo el padre Rudy Stöur, mientras contemplaba el inquietante espectáculo de aquel huracán mudo de polvo y arena abatiéndose contra el parabrisas del vehículo.

—Te oímos, transporte —dijo una voz en ruso. Era Vladimir Kaledin, transmitiendo desde la estación meteorológica en la cima del Elysium Mons.

Stöur se imaginó al meteorólogo sorbiendo una de sus interminables tazas de té, examinando gráficos e impresos, mientras a doce kilómetros y medio por debajo de la estación se extendía la gran llanura de lava que era Elysium Planitia.

—¿Cómo marcha la tormenta, Volodia?

—Tiene un aspecto bastante feo, padrecito. Desde la órbita no se ve ni un solo claro. Vientos de fuerza diez, sin signos de cambio por todo el planeta.

—Malas noticias.

—Lo siento, padrecito, no hay otras.

—Gracias. Cambio y fuera.

—Esto es una completa locura —dijo el padre Javier Nero mientras conducía—. Reza por todos nosotros, Rudy, porque lo más seguro es que desaparezcamos por una grieta en los próximos minutos.

—¿Qué dice el radar?

—Que hay un cráter de quinientos metros de alto, a un kilómetro al oeste. Podríamos resguardarnos a sotavento...

Rudy Stöur se rascó la barba mientras meditaba. Joven, melenudo. Sobre su aspecto había división de opiniones, a unos les recordaba a Jesucristo y a otros al Che.

—¿Es eso seguro? —preguntó.

—Es un riesgo menor.

—¿Debo informar a nuestro pasajero?

El padre Javier dudó un momento.

—Supongo que debería saberlo... De acuerdo, ve.

Stöur se puso en pie con cuidado y se dirigió a la parte posterior de la caja, sorteando los pesados embalajes con comida y equipo. A la pálida luz de un generador de emergencia, un jesuita vestido con un chándal gris consultaba una serie de fotografías de satélite y mapas cartográficos, extendidos en la pantalla de su pad.

—Padre Jacobo... —dijo Stöur.

El aludido levantó la cabeza de sus papeles y lo miró con frialdad. Tenía un cráneo trapezoidal de frente estrecha y mandíbulas anchas, calvo en su mayor parte, salvo un angostrado semicírculo de mechones color arena en torno a la nuca. Sus ojos, diminutos, grises, con un marcado estrabismo, se entrecerraron debajo de los prominentes arcos superciliares. Desnudo, con un taparrabos de piel y una ga-

rrota en la mano, sería la tópica imagen de un Neandertal. Y, desde luego, nadie lo catalogaría en un primer vistazo como uno de los hombres más inteligentes —y para muchos el más molesto— de su siglo. Pero todos los que juzgaban a Jacobo Kramer por su aspecto se arrepentían tarde o temprano.

—¿Sucede algo, padre Stöur? ¿Algo en lo que yo pueda ayudar? —Su voz era suave, calculadamente cortés.

—Hay visibilidad cero y avanzamos sobre terreno desconocido.

—¿No tienen GPS? ¿Radar? ¿Mapas? Me sorprende, padre. —Su «sorpresa» estaba teñida de ironía—. Me temo que en esas cuestiones no puedo serle útil.

—Tenemos todo eso, padre, aunque ninguna de las tres cosas nos advierten de una posible grieta de cuatro o cinco metros de ancho, en la que cabríamos enteritos. Ésto es «terreno caótico», lo peor que hay en Marte para este tipo de vehículos.

—Entiendo. ¿Y qué van a hacer ustedes?

—Por lo pronto, resguardarnos del viento detrás de un cráter.

El padre Jacobo agitó su mano, negando.

—No. No me gusta esa idea. Seremos sepultados poco a poco en el polvo.

—Poco a poco. Podemos salir con palas a despejar el terreno. Así podremos esperar a que amaine la tormenta.

—Sin duda usted bromea —dijo Jacobo con la mirada fija—. Ésta tormenta cubre Marte de polo a polo. No se trata de un fenómeno local, lleva ya diez semanas en marcha. Se dice que es la mayor tormenta de polvo desde que tenemos meteosats en Marte. La madre de todas las tormentas de polvo, vamos. ¿Sugiere que aguardemos sentados sobre nuestros traseros otras diez semanas, sin otra diversión que desenterrar nuestro vehículo de vez en cuando?

—Más o menos, ese es el plan.

El padre Jacobo entrecerró aún más los ojos.

—¿El plan? ¿He oído bien? ¿Ignora que yo soy el jefe de esta misión?

El padre Stöur sonrió con frialdad. ¿Qué diría Jacobo si supiera que las cosas eran muy diferentes a como imaginaba? La Santa Sede lo había enviado allí para vigilarlo y controlarlo. De acuerdo con su criterio podía asumir el mando en cualquier momento de la misión. No obstante, prefirió seguir manteniendo la fábula.

—No lo ignoro. Ni el padre Javier tampoco, que es quien está al mando del vehículo. Lo que, por cierto, le confiere la autoridad del comandante de un barco.

—Ya veo. ¿Cree que su autoridad durará mucho cuando informe de su desobediencia? Me parece que no volverán a conducir nada más complicado que una carretilla.

—Es posible que no, padre. Pero el padre Javier y yo preferimos ser conductores de carretilla vivos, a héroes muertos y deshidratados en una grieta marciana.

Jacobo se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero admita al menos que es su incompetencia y no otra cosa la que nos hará perder un tiempo valiosísimo.

Rudy Stöur necesitó echar mano a todo su autocontrol.

—Permítame recordarle que tanto el padre Javier como yo le desaconsejamos viajar en estas condiciones.

Su interlocutor volvió a sonreír venenosamente.

—Nadie, ni los meteorólogos de Nueva Marina supieron predecir que el tiempo iba a empeorar de este modo. Y, como comprenderá, después del largo e incómodo viaje desde la Tierra, no iba a quedarme con los brazos cruzados esperando que la situación mejorase. Así que si quieren quejarse, adelante, redacten un informe por triplicado y mándenlo al Vaticano. A mí me importa un bledo. Ahora déjeme trabajar en paz.

Para sus adentros, el padre Stöur pidió perdón al Altísimo por los pensamientos violentos que Jacobo acababa de provocarle, y regresó a la cabina.

—Ése hombre no tiene remedio —refunfuñó en voz baja.

El vehículo se detuvo y cesó el susurro de la arena sobre la carrocería. Los religiosos examinaron el exterior por una portilla. Se hallaban resguardados en la zona de aire en calma tras el obstáculo. Como siempre, el padre Javier se sorprendió al ver caer las partículas de polvo del cielo, reflejándose en los haces de luz de los faros. A pesar de la baja gravedad marciana, los granos de polvo se posaban con la rapidez de un puñado de perdigones, la tenuidad de la atmósfera impedía que las partículas más gruesas se mantuvieran suspendidas. Era una lluvia incesante de arena que poco a poco se iba amontonando sobre ellos.

Al anochecer, la temperatura exterior bajó a 120 Kelvin y las rocas se cubrieron de escarcha. La atmósfera marciana era seca en términos absolutos, pero el intenso frío hacía que estuviera al borde de la saturación. Un pequeño descenso de temperatura bastaba para que el escaso vapor de agua se sublimara en hielo sin pasar por el estado líquido. Al amanecer, el calor del sol lo evaporaría y la escarcha desaparecería como por ensalmo, pero de momento el hielo estaba apelmazando el polvo que formaba ya un compacto caparazón sobre ellos.

Javier Nero se puso un traje espacial y salió con una pala para comprobar si era tan fácil despejar el terreno como le habían dicho a Jacobo. La visibilidad era tan reducida como antes. Los granos de polvo actuaban como núcleos de condensación del hielo, que brillaban a la luz de los faros como finísimos copos de nieve de un color blanco amarillento.

Atacó con la pala el caparazón de hielo y polvo, y con paciencia y tenacidad limpió la parte superior del vehículo. Javier era jesuita hasta los tuétanos, tanto que se decía que su cabeza podría servir de modelo para un busto de Ignacio de Loyola.

Todas las colonias que las diferentes naciones de la Tierra habían instalado en Marte fracasaron tarde o temprano. Solo los jesuitas permanecían imbatibles en aquel mundo desolado. Como tantas veces en el pasado, los jesuitas estaban dispuestos a soportar lo indecible para llevar a término su propósito. Ningún sacrificio, ninguna incomodidad o peligro podía disuadir a los miembros de aquella orden en el que se combinaban a la perfección la abnegación de la fe y la tenacidad militar. Se apoyó en la pala, pensando en su pasajero. Abnegación y tenacidad, sí. Eso nadie se lo podía negar a Jacobo Kramer, el famoso arqueólogo jesuita, pero estas virtudes de la orden parecían combinarse en él de un modo decididamente negativo, insolente y casi insufrible. Antes de regresar al interior del vehículo, rogó al santo y paciente Job que les echara una mano para seguir aguantando las impertinencias del padre Jacobo.

Tras la cena pareció suavizarse su mezquino temperamento. En realidad, apenas probó bocado. Eso sí, bebió un vaso tras otro de «rusos blancos», cargadísimos de vodka, como le gustaban a él. Más tarde, y después de empezar la segunda botella de Kahlúa y prepararse un nuevo vaso del brebaje etílico, Jacobo estuvo más hablador.

A una pregunta del padre Stöur respondió:

—¿Que qué espero encontrar? ¡Oh, sanc-ta sim-pli-plitas! —dijo con voz estropajosa—. ¡Arqueología, muchacho! Ar. Que. O. Lo. Gí. A.

Dio puñetazos en la mesa a cada sílaba. Stöur y Nero se miraron y sonrieron. La dipsomanía de Jacobo era casi leyendaria.

—¿En Marte? —preguntó Javier Nero—. Esto es absurdo, padre. Jamás hubo vida aquí. Éste planeta está tan seco como... bueno, como un hueso.

Recién pronunciado, se dio cuenta de lo poco adecuado de su metáfora. Huesos significan vida. Jacobo también se dio cuenta, a juzgar por su sonrisa burlona.

—Seamos realistas —insistió Javier Nero—. Llevamos un siglo de exploraciones tripuladas y treinta años aquí, en persona. Nadie ha encontrado jamás pruebas de que alguna vez hubiera vida en Marte. ¿Qué le hace pensar que ahora va a ser diferente?

—Porque ahora eshtoy yo aquí. —El padre Jacobo se señaló con el pulgar—. Yo eshploré las ruinas de los sabeos y las culturas preishlámicas de Arabia... Y deshcurbí los oh-orrp-rígenes del culto de Yahveh —añadió con pependiciara arrogancia.

Sus labios manchados de leche se curvaron en un gesto que podía ser tanto una sonrisa como una mueca de desprecio.

—¿Les sorprende? Encontré pruebas de que Yahveh era adorado como dios del trueno en-tre los ca-aaaa-naneos m-meridionales, mucho antes de Abraham. Su culto combrendía ritos que luego se prohibieron en el Levítico. Mis descrubi... descurbi... des-cubri-mientos arrojan lush sobre los ooorígenes del j-judaísmo y las creencias religiosas anteriores a la ca-uuuüüvidad de Ba-bi-lonia y aun a la eshistencia de la Biblia... Shí, estoy acoshtumbrado a trabajar en un entorno hostil. ¡En el centro mismo de Islam! Mis inveshtigaciones sobre el origen preisláaa-mi-co de ciertas Su-u-u-ras del Corán me atrajeron también el odio de los mu-sul-ma-nesh, y fue la causa de ess-sa fatwa que han lanza-do contra mí... P-pero no quiero hablar de ess-se asun-to ahora.

Stöur consideró que aquella habilidad del padre Jacobo para hacerse enemigos era la causa de su propia presencia allí, trasladado por el Vaticano con carácter de urgencia. Si hubiera trabajado en la India, pensó, probablemente habría demostrado que Buda era griego. Dijo con calma:

—Pronto descubrirá que Marte es un entorno infinitamente más hostil que todo cuanto haya podido conocer hasta el momento.

El padre Jacobo dejó su copa sobre la mesa, fulminando a sus compañeros con la mirada. Hubo un tenso silencio. Se encogió de hombros.

—Lo lamento, tovarishi —suspiró—. Todos debemos cumplir nuestros deberes para mayor gloria del Al-tí-si-mo. Cada uno debe arrastrar su crush, como hizo el Señor. Ahora les ha tocado a ustedes la crush de estar a mis órdenes.

Bostezó y se dirigió tambaleante hacia su litera en la parte posterior.

—Me voy a dormir. Hagan el favor de abagar la lush al shalir.

Durante un instante el padre Javier y el padre Rudy se miraron en silencio.

—Menudo elemento nos han asignado —dijo Javier al fin.

Una semana más tarde, cesó la tormenta y reanudaron la marcha.

Tres semanas más tarde, llegaron sin más incidentes a un lugar situado a 15 grados latitud norte, 198 grados longitud oeste, en la planicie de Elysium.

Y cuatro semanas más tarde, el padre Jacobo exclamó triunfal:

—¡¡Schliemann, te he superado!!

2

El helicóptero volaba a ciento veinte metros sobre la superficie del océano. Las olas saltaban hacia él como si quisieran atraparlo. Los dos hombres y la mujer que formaban el equipo de buceo esperaban, sentados en unos bancos laterales.

Ella se llamaba Susana Sprintze, estaba acurrucada en su asiento, abrazaba sus rodillas, y parecía absolutamente indiferente a todo.

—¿Algún rastro de nuestro amigo? —preguntó el piloto por el interfono.

Uno de los buceadores volvió la cabeza, apartando por un momento los ojos de la pantalla del sonar aire-agua.

—Casi lo pierdo, pero aún sigue ahí —dijo—. A unos setenta metros al sur de nuestra vertical... —precisó— ahora va hacia el sureste.

El aparato viró levemente a babor.

—Ése delfín zigzaguea como si estuviera borracho —comentó el piloto—; no lo pierdas, Karl, o nos va a dar un trabajo de mil demonios volverlo a encontrar.

—Descuida.

—Está asustado —dijo Susana.

Se sentía incómoda con aquellos nuevos trajes de flupreno. Aún no se había acostumbrado a ellos, sudaba y le picaba todo el cuerpo. Sintió un fuerte deseo de sumergirse. Confiaba en que el piloto los acercase lo suficiente al animal.

Susana era de origen sefardí. El pelo rojizo, muy corto, delgada, pequeña de cuerpo, pero de brazos y piernas musculados. No parecía tener ni un gramo de grasa superflua. Su rostro hubiera sido bonito, de no estar siempre fruncido. Apenas se había movido desde que subió a bordo.

—No creo —dijo Karl—. Estamos demasiado alto para...

—Está asustado —repitió Susana sin mirarlo a los ojos—. Un delfín solitario no tiene sentido. Algo le ha debido separar del resto de su cardumen.

Está desorientado y tratará de meterse mar adentro. Si se sumerge más, lo perderemos.

—Susana estará en lo cierto —dijo el otro buceador, un joven mexitexano llamado Lucas—. A fin de cuentas, ella es la experta.

—¿Qué fondo tenemos? —preguntó la mujer.

—Unos setenta y cinco metros —dijo Karl, siempre mirando la pantalla del sonar—. Sí tienes razón, puede que se confíe si no nos ve. Deberíamos subir más.

—Tengo razón —dijo Susana, siempre atenta a todo cuanto la rodeaba, y al mismo tiempo siempre distante.

—Pero entonces lo perderemos —objetó.

—A esta profundidad, ya deberíamos verlo con la cámara de infrarrojos.

—¡Ahí está! —exclamó Karl señalando el monitor.

Susana se asomó a la ventanilla. El agua era azul verdosa y seguía muy picada, pero se distinguía una figura fusiforme y oscura, que se deslizaba con apenas unos movimientos de la cola. Estaba casi a ras de las olas. De vez en cuando rompía la superficie, quizá para tomar aire.

—Descendamos —propuso Karl.

—No —dijo ella.

—¿No, por qué?

—Sería peor. Lo asustaremos aún más. Yo saltaré con paracaídas y lo tranquilizaré. Dadme un cuarto de hora, lue-